

explicación del efecto que me ha producido ver las ruinas de la iglesia alumbradas por una luz cegadora; el vasto atrio y las esbeltas ojivas arrojan haces de luz hasta los bosques lejanos. No era, no podía ser un incendio. Además, por entre los muros de piedra entreveía sombras sobrehumanas que atravesaban la nave, como ejecutando acompasadamente una extraña ceremonia.

He abierto bruscamente la ventana; al mismo tiempo salieron de todos los rincones de la ruina estridentes sonidos que hacían resonar todos los ecos del valle. Luego vi salir de la iglesia doble fila de caballeros armados, llevando antorchas encendidas y haciendo sonar bocinas relucientes; unos vestían trajes rojos, y otros hábitos negros y todos llevaban largos penachos en la cabeza.

Esta extraña procesión siguió, siempre en el mismo orden, con la misma iluminación y la misma música, el camino sombrío que bordea la pradera.

Al llegar al puentecito se detuvieron las sombras; entonces vi que levantaban las antorchas y agitaban los brazos; las bocinas ejecutaron una cadencia prolongada y salvaje.

De pronto se apagaron todas las luces, y cesaron todos los ruidos, quedando nuevamente el valle silencioso y obscuro.

Esto es lo que yo he visto y oído.

Tú, que llegas de Alemania, ¿has encontrado al cazador Negro?

¿No?

Pues escucha.

## II

*16 de Septiembre.*

El viejo bosque de la abadía pertenece á un rico propietario del país, el marqués de Malouet descendiente de Nerond. Su castillo parece ser el centro social de la comarca.

En esta época hay cacería casi cotidianamente en el bosque: ayer la fiesta terminó con una comida sobre la hierba, á la que siguió la vuelta procesional con antorchas encendidas.

De buena gana hubiera estrangulado al molinero, que ha venido á matar mi ensueño de ayer con esta explicación vulgar de mi balada de media noche.

Ya sabes quiénes eran los que turbaron mi adorada soledad. Hoy los maldigo, Pablo, con toda la amargura de mi corazón. Te confieso que anoche los tomé por una aparición fantástica que me encantó; pero ahora lo veo todo como una aventura ridícula, que no puede moverme á risa porque yo he sido el burlado.

Esta mañana no me hallaba en disposición de trabajar; sin embargo, he dibujado hasta el

medio día, hora en que me he visto obligado á suspender la tarea: tenía la cabeza pesada, como si hubiese en la atmósfera algo fatal que sobre mí gravitara.

Entré un momento en el molino para dejar el caballete: reprendí á la molinera con el pretexto de que me había servido para desayuno una sopa de leche terriblemente indigesta; amenacé á los dos chiquillos de esta buena mujer porque tocaban mis lápices, y por fin descargué mi endiablado mal humor, dando al perro de la casa un puntapié, y acompañándole de esta célebre frase: «¡Piensa lo que te haría si me hubieras hecho algo!»

Poco satisfecho de mí mismo, como puedes inferir por lo que te voy contando, salí del molino y me fui hacia el bosque, para ver si en pleno aire me tranquilizaba.

Cerca de una hora me estuve paseando, sin acertar á desvanecer la profética melancolía que me torturaba.

Distinguí, por fin, al borde de uno de los caminos que atraviesan el bosque, un espeso lecho de musgo, y en él me acosté con mis remordimientos y no tardé en quedarme profundamente dormido.

No sé cuanto tiempo llevaría durmiendo cuando me despertó una especie de temblor de tierra. Me levanté bruscamente y vi, á cuatro pasos de mí, una mujer joven á caballo. El ani-

mal se espantó algún tanto y retrocedió un paso por mi brusca aparición.

La joven, que aún no me había visto, le tranquilizo hablándole.

La amazona me pareció hermosa, esbelta y elegante. Más adiviné que vi una cabellera rubia, cejas de tono más obscuro, mirada penetrante y un sombrero de fieltro adornado con una especie de penacho azul caído graciosamente sobre la oreja derecha.

Para que te expliques bien lo que te voy á contar, es preciso que te diga que yo iba cubierto, desde el cuello hasta los pies, por una blusa de *tourista* manchada de ocre; además debía de tener la mirada vacilante y el aspecto asustadizo del que se despierta sobresaltado: una fisonomía cómica y alarmante al mismo tiempo. Une á todo esto una cabellera en desorden, una barba sembrada de hojas secas, y no tendrás que hacer un gran esfuerzo para explicarte el terror que acomotó súbitamente á la joven cazadora así que echó la primera mirada sobre mí.

Dió un débil grito, tiró violentamente de la brida y se puso á salvo á todo correr de su caballo.

No me era posible dudar de la impresión que mi presencia había causado á la joven: no tenía, en verdad, nada de halagüeña.

Por fortuna tengo treinta y cinco años y no

es suficiente. á Dios gracias, que se me presente ante los ojos una mujer para que se turbe la serenidad de mi alma. Seguí con la mirada y sonriente á la amazona fugitiva, y vi que al final del camino en que yo la habia visto y atemorizada, torcía bruscamente hacia la izquierda, siguiendo á galope por otro camino paralelo.

Luego vi que se incorporaba á una cabalgata compuesta de diez ó doce personas que parecían esperarla, y á las cuales gritó desde lejos con entrecortada voz:

—¡Caballeros! ¡caballeros! ¡un salvaje! ¡Hay un salvaje en el bosque!

Interesado por aquel comienzo de aventura, me instalé cómodamente tras un espeso matorral, con el ojo y el oído igualmente apercebidos.

Todos rodearon á la joven; al principio creyeron que se trataba de una broma, pero no tardaron en darse cuenta de su emoción, demasiado grande para que fuera infundada.

Lo cierto es que ha visto, no precisamente un salvaje, pero sí un hombre de extraño aspecto, cuya blusa parecía teñida de sangre, cuyo rostro y manos, en una palabra, toda su persona estaba cubierta de suciedad repugnante, la barba despeñada y los ojos desencajados. Un individuo, á cuyo lado el más sanguinario é imponente bandido de Salvador parecería un pacífico é inofensivo pastor de Watteau.

No es posible que se me presente otra ocasión más molesta para mi amor propio.

La encantadora fugitiva afirmaba al relatar lo ocurrido que yo la habia amenazado, al propio tiempo que me lanzaba furioso sobre la cabeza de su caballo.

A este relato conmovedor respondió un grito general y entusiasta:

«¡Cacémosle! ¡cerquémosle! ¡al salvaje, al salvaje!»

Y la numerosa comitiva puso sus caballos al galope siguiendo á la bella amazona que marchaba, á la cabeza.

Yo hubiera tenido bastante con permanecer tranquilo donde me hallaba para despistar á los cazadores, que iban á buscarme en el paseo donde me habia encontrado la amazona.

Desgraciadamente yo creí entonces más acertado ganar el montecillo que tenia ante mí. Cuando saltaba con precaución la maleza, llegó á mis oídos un grito de alegría salvaje, y al mismo tiempo vi al escuadrón cambiar de dirección para caer sobre mí como un torrente.

Sólo podía tomar un partido razonable: detenerme y simular extrañeza para desconcertar á mis perseguidores con mi actitud digna y sencilla á la vez; pero vencido por una vergüenza ridícula que es más fácil comprender que explicar, convencido además de que un esfuerzo bastaría para escapar de aquella in-

oportuna persecución y para librarme de dar enojosas explicaciones, cometí la falta, que deploré después, de aligerar el paso, ó mejor, para ser franco, de echar á correr con todas mis fuerzas.

Atravesé el camino como una liebre y trepé por el monte azulado por alegre griterío.

Desde aquel momento estaba echada la suerte; toda explicación honrosa era imposible. Ya había aceptado ostensiblemente la lucha con todas sus consecuencias.

Todavía conservaba parte de mi sangre fría, y aunque comprendía cuál era mi situación, me alentaba con reflexiones tranquilizadoras.

Una vez separado de mis cazadores por una espesa maleza que los caballos no intentarían atravesar, pensaba en tomarles gran delantera para llegar al molino sin ser reconocido.

Esta última ilusión se desvaneció cuando llegué al límite del convento y vi á mis perseguidores divididos en dos bandos, que habían maniobrado con destreza para cortarme la retirada por todas partes.

Cuando los cazadores me vieron, comenzaron á gritar y reír de nuevo aumentando la estruendosa algarabía con el penetrante ruido de sus trompetas de caza. Me cegó la ira y estuve á punto de perder el conocimiento: el bosque giraba á mi alrededor vertiginosamente, la tierra parecía hundirse bajo mis pies.

Seguí el primer camino que se presentó á mis ojos y mi huida tomó caracteres de derrota desesperante.

El escuadrón implacable de cazadores y cazadoras siguió mis huellas con ensañamiento cruel y estúpida alegría.

Yo seguía viendo galopando á la cabeza á la joven del penacho azul, que se distinguía de sus compañeros por el tesón y la furia con que fustigaba á su caballo.

Ella era la que estimulaba á sus odiosos cómplices, y en una ocasión en que estuve á punto de hacerles perder mi pista, ella me descubrió, y con infernal clarividencia me señalaba con el extremo de su fusta al mismo tiempo que reía como una loca viéndome seguir mi carrera, sofocado, jadeante, medio muerto.

Corrí sin detenerme durante un tiempo que no me es posible apreciar, realizando verdaderas maravillas gimnásticas, saltando barrancos, trepando cuestras, corriendo como un lebre, sin motivo, sin objeto y sin otra esperanza que de un momento á otro oyera la tierra mis fervorosas súplicas y se abriera para tragarme.

Por fin, y protegido por el azar, porque ya había perdido todas las nociones topográficas, me encontré cerca de las ruinas, y haciendo un supremo esfuerzo franqueé el espacio que las separa del bosque, atravesé la iglesia como un

excomulgado y llegué á la puerta del molino.

El molinero y su mujer estaban en el umbral observando los movimientos de mis perseguidores.

El matrimonio me miró con estupor; yo busqué inútilmente algunas palabras para explicar lo ocurrido, y, después de increíbles esfuerzos de inteligencia, no acerté á murmurar más que estas palabras:

—Si os preguntan, respondedles que no estoy.

Luego salvé de un salto las escaleras que me separaban de mi celda y caí sobre mi lecho completamente desvanecido. Entretanto los cazadores entraban tumultuosamente en el patio de la abadía; yo oía los relinchos de los caballos, las voces de los jinetes y hasta el ruido que al andar hacían sobre las losas los que se habían apeado para perseguirme en las ruinas.

Loco de rabia me levanté y miré con cariño á mis pistolas.

Por fortuna, después de algunos minutos de conversación con el molinero, los cazadores se retiraron, no sin darme á entender por sus palabras que habían modificado su primera opinión sobre mi moralidad y que se llevaban una idea favorable de la originalidad de mi carácter.

Tal es, amigo mío, la historia fiel de esta aventura desgraciada que seguramente me va

á conquistar en el país una fama poco envidiable.

Ahora tengo la satisfacción de saber que estoy cerca de un castillo donde se aloja una sociedad brillante de caballeros y de mujeres hermosas. Pero tengo el sentimiento de creer que mi conducta de hoy me ha alejado de estos vecinos, pues á mis propios ojos he perdido parte no pequeña de mi dignidad.

Ante una situación tan gravemente comprometida he creído necesario deliberar: después de corta meditación he desechado por pueril y pusilánime la solución que me sugería mi amor propio, de abandonar el país.

He acordado, por el contrario, perseverar filosóficamente en mis trabajos, presentándome con alma muy superior á las circunstancias, para dar á las amazonas, á los cazadores y á los mismos molineros el hermoso ejemplo del hombre prudente que sabe hacer frente á la adversidad.

### III

*20 Septiembre.*

He recibido tu carta. Eres de la verdadera raza de los amigos del Monomotapa. Pero, ¡qué chiquillada! ¿De verdad, la causa de tu rápido regreso ha sido lo que me dices? Una nonada,

una endiablada pesadilla que te ha durado dos noches seguidas y durante la cual has oído claramente mi voz pidiéndote socorro. ¡Ah! ¡frutos amargos de tu detestable cocina alemana! Decididamente eres cándido, caro amigo. Sin embargo, me dices en tu carta tales cosas que me he enternecido leyéndola hasta verter llanto.

No acierto á responderte como quisiera; tengo el corazón tierno y el verbo duro. Nunca he podido decir á nadie: «Te amo».

Hay en mí un demonio celoso que altera en mis labios todas las palabras afectuosas para darlas cierto carácter irónico. Pero por fortuna tú me conoces.

¿Te haré reír contestando á las palabras con que tú me has hecho llorar? Si es así, tanto mejor.

Pues bien, sí, mi aventura del bosque ha tenido consecuencias. Todas las desgracias de que tú me creías amenazado han llegado ya tranquilizate.

El día siguiente al de la nefasta aventura, me esforzaba para reconquistar la estimación de los molineros, refiriéndoles los más interesantes detalles de mi tragicómica carrera.

Los dos me escuchaban asombrados; la molinera especialmente abría una boca tamaña y se retorcía grotescamente para reírse.

El molinero me preguntó si yo era cazador, y tomó de un clavo que cerca de la chimenea es-

taba un largo tubo que me puso en las manos encareciéndome con entusiasmo las cualidades matadoras de aquel extraño instrumento.

Yo escuchaba sus explicaciones con apariencias de viva satisfacción, pues nunca he gustado descorazonar á las personas que quieren serme agradables, y armado con el instrumento aquel salí del molino.

Me senté cerca de un matorral, dejando la escopeta venerable cerca de mí, y me entretuve apedreando á los gazapillos imprudentes que venían á corretear cerca de una máquina de guerra, que bajo la fe del molinero, yo tenía por formidable. Gracias á mi firmísimo propósito de no ensayar por cuenta propia la escopeta, no hubo que lamentar la muerte de un conejo ni la mía.

A decir verdad, no pensaba esperar la hora en que los cazadores del castillo acostumbraban á echarse al campo. Un resto de vanagloria me impedía presentarme aquel día á mis perseguidores de la vispera.

Iban á dar las dos de la tarde cuando abandoné mi florido asiento, seguro de que no tendría ningún encuentro inoportuno en el corto espacio que me separaba del molino.

Entregué la escopeta al molinero, que pareció admirarse al verme volver con las manos vacías, en vez de admirarse de verme volver con vida.

Fui á sentarme ante la puerta, dispuesto á acabar una vista general de las ruínas, acuarela magnífica que debe bastar para decidir la suerte de la abadía.

Estaba entregado por entero á mi trabajo, cuando me pareció oír á muy corta distancia el ruido de caballería, que desde la malhadada aventura resonaba sin cesar en mis oídos.

Volví la cabeza rápidamente y vi al enemigo á unos doscientos pasos de distancia.

Aquel día vestían amazonas y caballeros trajes de ciudad, é iban sin armas, lo que me hizo inferir que salían solamente á dar un paseo.

El número de jinetes era mucho mayor que el de la vispera.

Aunque dispuse de tiempo para apercibirme al encuentro, no pude evitar cierto mal-estar, al que acompañaba muda protesta contra lo que yo calificaba de torturante indiscreción.

Sin embargo, no tuve ni un sólo momento la idea de batirme en retirada; había perdido para mientras viva la afición á las fugas.

A medida que la cabalgata se aproximaba, oía risas torpemente sofocadas y cuchicheos, cuyo secreto no dejé de adivinar.

Debo confesarte que en mi corazón comenzó á fermentar la cólera, y aunque continué mi trabajo con aparente indiferencia, mis sentidos sólo estaban atentos para sorprender los gestos y las palabras de los que se aproximaban.

No tardé en sospechar que los paseantes tenían el manifiesto propósito de hacer mayor mi infortunio: en lugar de seguir el sendero que era el camino más corto para llegar á las ruínas, se apartaron algunos pasos hacia la derecha y pasaron en silencio.

Sólo uno de los jinetes se separó del grupo principal y gobernó á su caballo de suerte que quedó parado á unos diez pasos de mi taller.

Aunque yo tenía los ojos clavados en mi dibujo, sentí, por esa extraña intuición que todos conocemos, una mirada humana que se fijaba en mí.

Levanté los ojos con indiferencia preconcebida para volverlos inmediatamente de nuevo hacia mi obra.

Aquel rápido movimiento me había bastado para reconocer en el observador indiscreto á la joven del penacho azul, causa primera de mi desgracia.

Estaba allí, con los ojos semicerrados, examinándome de cabeza á pies con insolencia admirable.

Yo me creí obligado, por deferencia á su sexo, á abandonarme á su curiosidad impertinente, mas al cabo de algunos segundos perdí la paciencia y levantando la cabeza resueltamente clavé mi mirada en la suya sin descortesía, pero con insistencia.

La joven enrojeció, y aquel rubor fué enfi-

ciente para que yo depusiera mi actitud y la saludara.

Ella me respondió con una ligera inclinación de cabeza y se alejó galopando en su caballo.

Consideré que me quedaba dueño del campo de batalla y saboreé con placer el triunfo que acababa de obtener sobre aquella linda muchacha.

El paseo por el bosque duró unos veinte minutos; pero en el momento en que la cabalgata se alejaba, se destacó del grupo un caballero y avanzó hacia mí.

Era un hombre corpulento que vestía un traje azul, abotonado militarmente hasta la garganta.

Venia tan recto hacia mi taller que no vacilé en dar por cierto que su único propósito era pasar por encima de mi caballete para hacer reír á las Amazonas. Yo le vigilaba apercibido para tomar oportuna venganza de la burla.

Puedes figurarte la extrañeza que me causaría verle frenar el caballo á dos pasos de mi asiento y descubrirse cortesmente:

—Caballero—me dijo con aire resuelto,—¿me permite usted que vea el dibujo?

Le devolví el saludo, inclinándome en señal de que concedía la autorización pedida, y continué mi trabajo.

Después de un momento de silenciosa contemplación, el desconocido pronunció algunas

frases de elogio. Luego inició resueltamente la conversación:

—Caballero—añadió,—permítame que le felicite por su talento, al que deberemos seguramente la conservación de las ruinas que son orgullo de nuestra comarca.

Yo abandoné mi reserva, que ya sólo podía ser un ridículo tesón infantil, y respondí dando gracias á mi desconocido admirador, que apreciaba con marcada indulgencia un apunte de aficionado.

Añadí que tenía verdadero y justificado empeño en salvar aquellas hermosas ruinas, pero que la parte más seria de mi trabajo llevaba trazas de resultar insignificante por falta de datos históricos que inútilmente había buscado en los archivos de la capital.

—¡Estamos salvados! En mi biblioteca tengo gran número de documentos relacionados con la abadía. Venga usted á consultarlos cuando guste. Le quedará reconocido si mi ofrecimiento es útil y lo acepta.

Dí las gracias con embarazo. Lamentaba no haberlo sabido antes y temía que se me ordenara volver á París por una carta que esperaba aquel mismo día.

Desde que entablamos el diálogo me había puesto en pie y procuraba atenuar la mala impresión que mi manchada blusa pudiera causar, con la corrección de mi actitud. Al mismo tiempo

po examinaba minuciosamente á mi interlocutor.

Era un anciano de ámplio pecho, que parecía llevar sin gran esfuerzo unos sesenta inviernos. Sus ojos azules y expresivos denunciaban grandeza de alma y bondad de carácter.

—¡Vamos, vamos!—dijo,—hablemos con franqueza. Tiene usted reparo en mezclarse con esa banda de gente alegre á quien yo no pude impedir ayer hacer una tontería, por la que quiero pedirlos perdón. Soy el marqués de Malouet. Además los honores de la lucha fueron para usted. Tenían empeño en verle de cerca y usted no quiso que se le viera. Después de mucho correr se salió usted con la suya. No puede estar quejoso.

No pude por menos que reír, oyendo una interpretación tan favorable de mi ridícula fuga.

—Se ríe usted—dijo el marqués:—¡bravo! eso indica que nos va á ser fácil entendernos. Aclarado este punto, no podrá alegar ninguna razón para excusarse de ir á pasar algunos días en mi castillo. Mi mujer me ha encargado que le invite; ella ha comprendido antes que nadie su justificado enojo contra nosotros. Mi mujer es buena como un ángel; no es joven y está muy enferma, pero, como he dicho, es un ángel... os daré alojamiento en mi biblioteca, donde nadie irá á molestaros si eso es de vuestro agrado. Bien comprendo que mis amigos os

causen miedo: es usted un hombre serio y conozco bien ese carácter... No os faltará con quien hablar. Mi mujer es una conversadora amena y yo me tengo también por un hombre con quien se puede tratar... Amo el ejercicio, que es necesario á mi salud; pero de eso no se ha de inferir que soy un torpe: ¡diablo! Debéis de ser aficionado al whist y lo jugaremos juntos; os debe de gustar también la buena vida que corresponde á un hombre de gusto y de clara inteligencia... Creo que hallaréis en mí un excelente compañero; tengo dos cocineros dignos de loa... Y ¿para qué charlar más?—agregó riéndose de su verbosidad;—ya he dicho lo suficiente para tener derecho á exigirle á que venga al castillo.

Dichoso, Pablo, el hombre que sabe decir: «No». Sólo ese es verdadero amo del tiempo, de su fortuna y de su honor.

Es necesario saber decir: «No» á un pobre, á una mujer, hasta á un viejo amable, so pena de tirar á la ventura la limosna, la dignidad y la independencia.

¡Cuántas miserias y cuantos crímenes hay que lamentar desde Adán hasta nosotros por no haber sabido pronunciar oportunamente un no!

En esto pensaba yo cuando el marqués me invitaba, y después de reconocer la sabiduría de estas razones, cuando me tocó responder, dije: «Sí.»

Si fatal que me hacia perder mi paraiso, cambiando un retiro á mi gusto, tranquilo, laborioso, novelesco y libre, en un alojamiento donde la vida mundana me iba á atormentar con su insipidez y su tiranía.

Pedí el tiempo preciso para arreglarlo todo, mi equipaje y mi persona, y el marqués de Malouet se alejó después de darme un caluroso apretón de manos al propio tiempo que me anunciaba que seríamos buenos amigos y que iba á preparar á sus dos cocineros para que me hicieran un recibimiento triunfal.

—Voy á anunciar—me dijo,—á un artista, un poeta; eso les obligará á esmerarse.

Minutos antes de las cinco, llegaron dos criados del castillo para trasladar mi liviano bagaje y advertirme que me esperaba un carruaje en las colinas.

Me despedí de mi celda; di las gracias á los molineros y besé á sus chiquillos babosos y mal peinados. Todos daban claras señales del disgusto con que me veían partir; también yo me alejaba entristecido.

No sé qué extraño sentimiento me ligaba á aquel valle que dejaba con el corazón oprimido, como se deja la patria.

Hasta mañana, Pablo, porque hoy no puedo más.

## IV

26 Septiembre.

El castillo de Malouet es un edificio sólido y vulgar, construido hace cien años.

Amplias y bien cuidadas alamedas, un patio de honor y un parque secular, le dan verdadera apariencia de mansión señorial.

El marqués saltó á recibirme, y asiéndome familiarmente del brazo me hizo atravesar varios largos corredores para introducirme en un vasto salón donde reinaba obscuridad casi completa.

Sólo pude entrever vagamente una veintena de personas de uno y otro sexo, repartidas en pequeños grupos.

Gracias á esta bienhechora tiniebla, mi presentación no fué solemne ni molesta como yo me la había figurado.

No tuve tiempo más que para recibir los cumplimientos que la señora de Malouet me dirigió con voz débil, pero penetrante y simpática.

Me asió amablemente del brazo para acompañarme al comedor, demostrándome en sus palabras y en sus ademanes, que los señores del castillo estaban dispuestos á no escasear las consideraciones debidas á un corredor tan excepcional como yo había probado ser.